

UN HOMBRE CON SUERTE

UN HOMBRE CON SUERTE

Jamel Brinkley

COLECCIÓN DIRIGIDA POR FEDERICO FALCO



CHAI EDITORA

Brinkley, Jamel

Un hombre con suerte / Jamel Brinkley. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos

Aires: Chai Editora, 2019. 350 p.; 21 × 14 cm.

Traducción de: Tomás Downey.

ISBN 978-987-47283-1-9

1. Narrativa Estadounidense. 2. Paternidad. 3. Género. I. Downey, Tomás, trad. II.

Título. CDD 813

Título Original: *A lucky man*

Copyright © Jamel Brinkley, 2018

Copyright © Chai Editora, 2019

Copyright de la traducción © Tomás Downey, 2019

Diseño de tapa: Diseño gráfico Lamas Burgariotti.

www.lamasburgariotti.com

Foto de tapa: Diego Saldiva

Corrección: Florencia Parodi

Diseño del interior: Dolores Nougés

Director de la colección: Federico Falco

Primera edición: noviembre 2019

Primera reimpresión: agosto 2020

Hecho el depósito que marca la ley 11.273

ISBN 978-987-47283-1-9



CHAI

Austria 1840 depto V.

(C1425EGD) Ciudad de Buenos Aires, Argentina

www.chaieditora.com

*Para mi madre y mi hermano,
Marilyn y Christopher*

La diferencia entre
Dios y la suerte es que la suerte, cuando se va,
no se va lejos: la idea es creer
que casi puedes tocarla...

Carl Phillips, *If a Wilderness*

No más que una burbuja

Fue en aquella época. Claudius Van Clyde y yo al borde de la pista de baile, cada uno con tres botellas de nuestra cerveza favorita encima, bombardeados por la música que explotaba en los parlantes. Pero no prestábamos atención a las canciones. Yo venía hablándole a Claudius al oído desde el momento en que llegamos a la fiesta, a los gritos, haciendo comentarios deprimentes sobre mi padre. En algún momento, cerca de la hora de las brujas, él dejó de asentir mecánicamente y señaló con la cabeza hacia la escalera.

—Mira lo que son *aquellas* —dijo.

Más allá del mar de cabezas en movimiento, la gente que bailaba y los que daban vueltas buscando pareja, vi a las chicas de las que hablaba. Las dos amagaban con agarrar a la otra de la cadera. Acercaban las manos despacio y las apartaban de repente, como tanteando el calor de un fuego. Después empezaron a reírse y desaparecieron por un pasillo. Alejándonos del DJ, que estaba de espaldas a una ventana con vista a la bahía, nos abrimos paso y las seguimos. Al llegar a la cocina nos detuvimos a analizar la situación. Una de las chicas era alta y flaca, de brazos finos, pero la curva de sus caderas era notable. Tenía puesto un top blanco que, en la luz tenue, reflejaba un brillo suave sobre su cara y sus uñas pintadas. Un afro prolijo y femenino parecía florecer de su cabeza y su piel era de un marrón claro. Su amiga, de piel más oscura, era un caramelo. Llevaba la cabeza rapada y tenía un cuerpo que te hacía apretar los dientes.

La fiesta, organizada por un par de graduados de Harvard, fue algunas semanas antes del Día del Perdón, a fines de septiembre de 1995. Claudius se había enterado el sábado anterior después del

partido de fútbol, al escuchar la conversación de unos alumnos más grandes que fumaban bajo la estatua del león en Baker Field.¹ La noche de la fiesta me arrancó de mi habitación. Decididos a colarnos, salimos del campus para tomar un subte a Brooklyn. Era una fiesta de solteros, al llegar tenías que escribir tu nombre en un sticker y pegártelo en algún lado. La chica alta con el afro lo llevaba en el hombro como una insignia militar. Su amiga lo había ubicado con ingenio, cumplía una función práctica y era a la vez un chiste para humillar a quien mirara. “Hola”, decía su culo, “mi nombre es Sybil”.

—Están borrachas —me dijo Claudius, y nos miramos de reojo con una sonrisa cómplice.

La diferencia principal entre una fiesta en una casa de Brooklyn y una en la universidad era que en las del campus solo estabas ensayando. Podías ser un desastre o ganar toda la noche, quedarte mirando la pared o perseguir cada culo que se te cruzara. Pero no ibas a correr riesgos, no había grandes consecuencias. Ninguna puntada en el pecho, ningún precipicio del que saltar, nada real a lo que hacerle frente. Podían ignorarte o podías tener suerte. Lo más probable era que te emborracharas con alcohol barato. Pero al final de la noche, pasara lo que pasara, te quedarías dormido en una cama estrecha, en un dormitorio del campus y entre paredes de hormigón, envuelto en un juego de sábanas extragrandes compradas por la mamá de alguien.

Nos acercamos a las chicas y señalamos nuestros stickers para presentarnos. La alta con el afro se llamaba Iris. Tenía voz nasal y pronunció su nombre poniendo un énfasis particular en la *I*. Fiel a su expresividad, era la más intensa y extraña de las dos. Parecía estar vibrando. Les preguntamos de dónde eran. Casi toda la familia de Iris había venido de Belice y Sybil era dominicana. A Claudius y a mí nos gustaba saber esas cosas.

—¿La están pasando bien? —pregunté.

1 La mascota y símbolo deportivo de la Universidad de Columbia es el león (N. del T.).

Iris no respondió. Su atención se dispersaba por todos lados. La casa era vieja y las maderas del piso cedían con quejidos de dolor, que a su vez eran ahogados por la música, el rumor de las conversaciones y las carcajadas que subían desde los estómagos y estallaban alrededor nuestro. En los momentos de silencio se escuchaba el crujir de la madera seguido del tintineo de los vidrios, el ruido de los vasos de plástico abollándose o el zumbido en las gargantas al compás de la canción que estuviese sonando. Iris parecía en sintonía con todo eso, con cada detalle de la casa y sus geografías sutiles. Ahora miraba fijo a través de las puertas de vidrio que daban al patio trasero, donde la luz de unas antorchas dejaba ver pequeños grupos de fumadores exhalandos el humo en el aire de la noche.

Le toqué el hombro y se volvió hacia mí.

—Ah, eres tú de nuevo.

Miró a su amiga con un gesto confundido.

—Sí, siguen acá —dijo Sybil.

—¿La están pasando bien? —repetí.

Iris dejó pasar un rato largo antes de responder:

—Estamos burbujeando.

En el living, el DJ empezó a pasar una canción nueva.

—¿Qué es esto? —preguntó—. Ya lo escuché alguna vez.

—¿No lo conocen? —dijo un tipo que pasaba.

Tenía una barba desprolija y un vaso rojo en cada mano, los dos llenos de cerveza espumosa. Quizás fuese un hombre de Harvard.

—Están un poco desactualizados —dijo—, Brooklyn Zoo', de Ol' Dirty Bastard.

Claudius y las chicas asintieron como si lo conocieran, pero a mí me sonó a algo en código.

—¿Por qué se llama así? —pregunté.

El tipo se rio de mi ignorancia.

—Porque su estilo no tiene padres —dijo.

Las chicas, frente a frente, empezaron a bailar con una especie de zapateo.

—Tremenda —dijo Iris—, ¡es muy burbuja esta canción!

Entendían la buena vida de acuerdo a la imagen y lógica de esa palabra, sustantivo, verbo y adjetivo a la vez, una superficie brillante y húmeda de significados potenciales. Sus caras se convirtieron en máscaras de furia, las fosas nasales y las bocas bien abiertas mientras bailaban. Iris mantenía los brazos pegados al cuerpo mientras Sybil agitaba los codos en el aire. Claudius la señaló con la cabeza.

—Esa es mía —dijo.

—No, amigo.

—Ya la canté —me respondió.

Los dos preferíamos chicas con cierta redondez, con curvas: en parte, creo, porque se supone que eso es lo que atrae a los hombres negros. Que nos gustaran se sentía como la confirmación de que teníamos sangre negra, una forma de ponernos un sello de autenticidad. Pero Claudius la había elegido primero. A mí me tocaba lidiar con Iris, la profeta de la burbuja. Estaba bien, no era un problema. Que eligiera. La fiesta había sido su idea, de todas formas. No habríamos estado ahí si no hubiese sido por él. Sabía que yo necesitaba una buena distracción.

Unas semanas antes, a poco de empezar el segundo año de la facultad, había ido a Filadelfia a ver a mi padre, Leo. Aquella mañana de agosto nos sentamos en la mesa de la cocina y me emborraché con él por primera vez. Entre latas de cerveza, me dijo que me cuidara de las mujeres locas, las enojadas, las pasionales. Me dijo que me iban a arruinar.

—Pero también son las mejores —aclaró—, las mejores amantes, con una jungla entre las piernas y una ferocidad que todo hombre debería experimentar.

Yo creí entender a qué tipo de mujer se refería, y estaba seguro de que él estaba hablando de mi madre, Doreen. No me importó. Ella nos había dejado, lo había dejado a él, un par de años antes, y hacía poco había anunciado que estaba por volver a casarse. Los efectos de esa noticia en mi padre eran evidentes. Había pasado el verano dando vueltas por la casa, hundiéndose en sí mismo y cada vez más frenético. Buscaba alrededor, como si se preguntara qué había pasado en su vida para que todo saliera tan mal y la

respuesta estuviese escondida en alguna de las habitaciones. Cerca del colapso, aquella mañana, mi padre me miraba bajo sus párpados pesados y sus pestañas largas, mediterráneas. Había heredado la mala dentadura de su padre, y antes de que cumpliera sesenta ya le habían sacado varios dientes. Usaba una prótesis parcial pero no la tenía puesta en ese momento, mientras tomábamos. La parte de abajo de su cara se había deformado como una fruta podrida.

—Lo mejor —repitió—. Y entonces...

Su acento italiano se volvía más pronunciado cuanto más tomaba. Asomó la punta de la lengua por la sonrisa rota que dibujaban sus labios.

—Y entonces, Ben, todo hombre debería tener esa experiencia —dijo—. Al menos una vez.

Sostuvo una uña mordida a la altura de su nariz y después buscó algo en su bolsillo. Era un preservativo en su envoltorio plateado.

—Úsalo con la mujer más deliciosa que encuentres, *una pazza*. Déjala que te vuele la cabeza, una vez y nunca más. Después cástate con una chica buena, gorda y aburrida, con manos y muslos como leche vieja. Ármate una vida monótona y tranquila. Es la única manera de ser feliz.

Me dio el preservativo pero fue un ritual a destiempo, yo ya había salido al mundo. Así y todo, él se lo creyó, como también creía que había una forma garantizada de ser feliz. Como yo era su discípulo y aquella mañana estaba igual de borracho que él, también me lo creí.

Claudius y yo nos deslizamos detrás de las chicas y bailamos con ellas ahí mismo, en la cocina. Iris se movía bien pero era agresiva. Daba una vuelta, enganchaba sus dedos en las presillas de mi cinturón y chocaba su pelvis contra la mía. Después de frotarse contra mí, dio un paso atrás para mostrarme su dentadura perfecta y rasguñar el aire entre nosotros. Parecía un gatito sobre sus patas traseras, golpeando con fiereza un ovillo de lana.

Me incliné hacia ella y le pregunté si también había ido a Harvard. Traté de sonar más grande de lo que era, como si ya me hubiese graduado y fuera todo un hombre.

—Somos Águilas —dijo Iris con su voz nasal.

Después abrió sus brazos como alas y los agitó lentamente. Claudius tenía la teoría de que a mí me gustaban las chicas que hablaban así, aislando sus voces del vientre y los pulmones. Según él, lo hacían a modo de defensa, decía que ese ruido molesto obligaba a los hombres a mirarles la cara y no el cuerpo.

—¿Águilas? —pregunté.

—Universidad Hunter, camada noventa y cuatro. Ey, ¿por qué no nos traes a mí y a mi amiga un whisky con burbujas?

—¿Eso sería whisky con...?

—Magia.

—¿Y de dónde lo saco?

Ella sacudió la cabeza, decepcionada.

—Es whisky, nada más —dijo en tono quejoso—. Sé bueno, dale.

Claudius bailaba con Sybil, y al pasar le guiñé un ojo para que supiera que íbamos bien. Aún sentía las caderas movedizas de Iris como un eco sobre mi pelvis. Su sonrisa y sus ojos oscuros, salpicados de un color que parecía oro, flotaban sobre la alacena.

Después de servir cuatro tragos abundantes de Jack, volví con los vasos. Sybil olió el whisky y entornó los ojos con placer. Iris levantó su vaso y con tono y expresión solemne dijo que estaba agradecida por el universo y cada uno de sus momentos.

—Y por el whisky y la música y la locura y la justicia y el amor —agregó.

—Y por el cielo —dijo Sybil—. ¿Viste lo que es el cielo esta noche?

Sus palabras no decían absolutamente nada. Era un brindis al sinsentido.

—Y por tus tetas —dijo Iris. Estiró una mano y apretó la teta derecha de Sybil—. ¿O no que tiene muy buenas tetas?”

Claudius se las miró descaradamente.

—Sí —dijo—. La verdad que sí.

Él había venido a Nueva York desde el sur de Oakland con algunas ideas sobre lo que implicaba vivir acá: suponía que el calor y el polvo de la ciudad y su hielo invernal incrustado de hollín eran parte de un cometa cultural que él anhelaba ver e incluso montar.

En base a esas nociones, calculaba sus gestos y sus disfraces, empujaba su propia esencia hacia fuera para que vieras en su cara y en el resplandor de sus amplias fosas nasales el reflejo del brillo duro de la materia del alma, esa sustancia de la que algunos hablan pero nadie entiende. Aunque sus rasgos no le dieran la razón, podía convencerte de que era atractivo. Las herramientas para esa trampa incluían una colección de sombreros cónicos, orientales, y anillos retro de cuatro dedos. Su elección para esa noche: un fez inclinado hacia delante para que ambos nos sintiéramos envalentonados por el oscilar obsceno de la borla.

Nosotros *sí* sabíamos por qué brindar: la próxima etapa de la vida. En fiestas como esa la gente era más grande, estudiantes del último año que ya tenían departamentos en Nueva York, graduados que empezaban sus carreras y gente lo suficientemente adentrada en su juventud como para comenzar a cuestionarla. El alcohol era el mejor y la marihuana era fuerte, pegajosa. Las chicas eran increíbles, por supuesto, particularmente en esa fiesta. Se podía sentir un sabor caribeño en el aire, como si el desfile del Día del Trabajador a través de Brooklyn² aún no hubiese terminado y esa casa hubiera sido el destino final desde un principio. Aunque no fuesen del Caribe como Sybil, todas las chicas eran especiales y exóticas, como si cada una de ellas tuviese un aura única. Estábamos convencidos de que usaban ropa interior de mejor calidad y más pequeña que las chicas que conocíamos, convencidos de que eran genias diabólicas.

—¿Y de dónde se escaparon ustedes dos? —preguntó Iris, aunque su mirada se perdió de nuevo en dirección al patio.

—Del norte de la ciudad —dijo Claudius—. Columbia.

—*Ruge, león, ruge* —dijo Sybil.

—Nos graduamos en mayo —mentí.

—*Mazel tov* —dijo Iris.

Sybil sacudió la cabeza. Iris la miró.

2 Evento que se realiza en Brooklyn el Día del Trabajador, donde desfilan las comunidades de las Islas del Caribe (N. del T.).

—¿Qué? Puedo decir eso.

Sybil separó los labios e imitó el sonido de una burbuja explotando, las dos se rieron.

Claudius y yo también nos reímos, aunque no sabíamos de qué. Y antes de que pudiéramos retomar el hilo de la charla, las chicas se fueron sin decir una palabra.

Nos escabullimos hacia las escaleras para seguirlas entre la gente de la fiesta que posaba contando chismes, o seduciendo, o se perdía en pensamientos privados y laberínticos. En el segundo piso, como ocultando algo ilícito, un grupo bloqueaba la entrada a uno de los ambientes. Claudius y yo nos abrimos paso entre ellos y salimos a un baño enorme, donde las voces hacían eco sobre los azulejos. Había dos chicas totalmente vestidas y de pie en un jacuzzi de mal gusto, pintado de azul pastel, sus cabezas quedaban enmarcadas por la mampara de vidrio coloreado. Pero no eran nuestras chicas. Volvimos al pasillo y encontramos a Iris y a Sybil saliendo de un cuarto, seguidas por el aroma dulce e intenso de la marihuana. Fuimos tras ellas, hacia abajo y luego afuera, al patio.

Claudius se metió en su campo de visión.

—Juguemos un juego —dijo.

Por un momento, las chicas actuaron como si no nos hubiesen visto en su vida, luego los ojos de Sybil se abrieron de golpe.

—Wow —dijo.

Claudius propuso intercambiar confesiones:

—Historias vergonzosas. Secretos. Cuanto peores, mejor.

Su idea parecía inspirada en el estribillo de “Brooklyn zoo”: *Shame on you! Shame on you!*³ La sugerencia pareció divertir a las chicas, aunque tampoco las convenció del todo. Claudius siguió igual.

—¿Quién quiere ir primero? —dijo, y esperó un momento, pero era puro teatro. El primero iba a ser él, por supuesto.

Lo que pretendíamos lograr en esos momentos requería paciencia y un silencio estratégico. Después, cuando empezábamos

3 “¿Deberías avergonzarte!” (N. del T.).

a hablar, bajábamos el tono de nuestras voces, incluso en lugares ruidosos, para tener que acercarnos. Hacíamos contacto visual con gestos firmes y suaves a la vez, sin llegar a mirar fijo, dejando que nuestros ojos resbalaran cada tanto por toda la extensión de sus cuerpos. No tenía que llegar a ser una mirada de lobo, lasciva; el gesto debía sugerir picardía, como si las desvistiéramos lentamente. El efecto era similar a una especie de hipnosis que inducía a una entrega gradual. El método había funcionado varias veces con las chicas del campus, pero sabíamos que no era algo de lo que pudiéramos estar orgullosos. La universidad no es más que cuatro años de gente irresponsable arrojándose unos contra otros.

En ese murmullo afectado, Claudius nos contó una historia que yo conocía. Podía ser cierta o no, pero impresionaba a la gente: o los excitaba, o los hacía sentirse tristes y vulnerables. El fuerte de Claudius no era la paciencia. Necesitaba saber lo antes posible en qué frecuencia estaban los demás, especialmente las chicas. Aquí la historia: cuando estaba en la secundaria descubrió que su vecina, una señora mayor y soltera, lo espiaba por la ventana. Cada mañana y cada tarde, con la puerta cerrada para que su madre alcohólica no molestase, él hacía ejercicios en su cuarto sin más ropa que sus calzoncillos. Pestañeando muy rápido enumeró para las chicas:

—Sentadillas, flexiones de brazos, barras y abdominales, hasta caer muerto. Y ahí estaba ella, mirándome con la boca abierta y con sus anteojos de vieja como si fuese lo más normal del mundo, como si le estuviese haciendo un show. Entonces empecé a hacer exactamente eso. Al principio me paraba en la ventana y la miraba mientras me frotaba el pecho y los abdominales. Después de una semana empecé a untarme con aceite para bebés. Levanté la apuesta paseándome en culo y como ella ni se inmutó, le pedí a mi novia que viniera a casa para que la vieja nos viera coger. No quiso. Muy inocente, supongo. Y entonces, escuchen: me masturbé ahí mismo, frente a la ventana. La vieja se quedó mirando hasta el final, pero a la noche siguiente ya no estaba. Puf, había desaparecido. No volvió más. Esa fue la última vez que me espió. Supongo que llegó a ver lo que había estado esperando todo ese tiempo.

Las chicas, las dos a la vez, soltaron una especie de chillido que derivó en una charla acelerada. Parecían hablar otro idioma. Incluso en la luz tenue de la fiesta, sus ojos inquietos resaltaban como piedras preciosas, en rojo y ámbar. Sus cuerpos temblaron de risa mientras se daban palmadas en los muslos y echaban las cabezas hacia atrás. La ráfaga del movimiento pareció liberar una especie de esencia: un sudor como de fruta madura y aceite de vainilla con rastros de almendra. El afro perfecto de Iris eclipsó gran parte del ambiente en su órbita. Otras chicas se habían asqueado o excitado con la historia, sin reacciones ambiguas. Ninguna había respondido así, nunca. Y había algo más fuera de lugar. La boca y los ojos alucinados de Iris parecían moverse solos, independientes del resto de su cara. Parecía una muñeca de plástico defectuosa.

—¿Qué carajo? —dijo Sybil finalmente.

En su acento, todo nos sonaba a insinuación sexual.

—Este se cree un freak —dijo.

Con un dedo, le pegó a la borla del sombrero de Claudius y la dejó girando en el aire.

—El juego se llama vergüenza —dijo él, y frunció la nariz—. Fue de esas cosas sin sentido que uno hace a esa edad.

De repente sonaba un poco grandilocuente, incluso para su estilo.

—Ahora sigamos con el sinsentido de *esta* edad.

Las chicas susurraron algo entre ellas, era como si ambas soplaran su balbuceo en el cuello de la otra.

—Bueno, dijo Claudius—, ¿quién sigue?

—Él —dijo Iris. Ahora teníamos su atención—. A ver, ¿qué tiene para contar?

Los tres me miraron fijo, esperando. Podría haber dicho cualquier otra cosa, pero cada pasillo en mi cabeza llevaba al mismo lugar.

—Mi papá —empecé con las primeras y únicas palabras que me vinieron a la mente.

Explicé que era blanco, nacido y criado en Italia. A mi madre la llamaba su *cioccolata*. Cuando ella se enojaba y le gritaba por algún

motivo, él se reía y le acariciaba una mejilla. En esos momentos le decía que era *agrodolce*, que siempre escatimaba su dulzura.

Claudius sonrió. Le gustaba que usara mi italiano con las chicas.

Les conté que mi padre amaba a su mujer y a toda su familia. Lo que más le gustaba era cuando nos venían a visitar mis tías, las hermanas menores de mi madre. En aquel momento yo era un niño y, antes de que llegaran las visitas, me sentaba en el borde de la bañera y pasaba un dedo por la cortina de la ducha mientras miraba cómo él se embellecía. Se ponía colonia y alguna de sus mejores camisas y probaba si quedaba mejor con uno o dos botones abiertos. Se aseguraba de que sus mejillas tuviesen apenas una sombra de barba. Durante la reunión seducía a todos mientras preparaba tragos, besaba los dorsos de las manos y admiraba los peinados nuevos. Alababa a mis tías, que eran todas atractivas, repartiendo elogios con generosidad. Yo siempre lo adoré.

Claudius había dejado de sonreír. Mi historia no era vergonzosa. No nos ayudaba para nada. Aunque no sabía bien qué estaba haciendo, seguí adelante.

A mi madre le molestaban esas cosas, les conté. Lo acusaba de hacerse el seductor y se quejaba ante todos de que siempre le faltara el respeto. Cuando yo tenía doce años, pasó algo que despertó su furia. Un día volvió del trabajo mucho antes de la hora a la que yo la esperaba y me encontró en la cocina mirando las revistas porno de mi padre. Yo ya las había visto otras veces y había evitado que me atrapasen limitándome a ojeadas furtivas, pero esa vez descubrí, o ya no pude ignorar, que las preferencias de mi padre eran muy específicas. Quedé fascinado por las curvas de las nalgas de las mujeres, los pezones morenos y esa oscuridad profunda desplegada entre sus muslos. Mi madre revisó toda la pila —yo no había notado cuántas eran realmente— y cada tanto, mientras me miraba de reojo, ponía un dedo sobre la cara de algunas de esas mujeres mudas, tensas en sus expresiones de placer. Su piel marrón oscura tocaba la de ellas en las imágenes. Su silencio me iba poniendo cada vez más nervioso. Estaba desesperado porque

dijese algo, cualquier cosa, pero no lo hizo. Al terminar, agarró la pila entera y me mandó a mi cuarto con un gesto.

Cuando llegó mi padre discutieron en el living. Yo me escabullí y los espí desde el pasillo.

—Tiene *doce* —repetía ella.

Era como si mi padre me hubiese sentado para mostrarme las revistas él mismo, o peor, como si me hubiese llevado a un prostíbulo. ¿Por qué le echaba la culpa a él de algo que había hecho yo? No me entraba en la cabeza.

—Benito tiene curiosidad, Doreen, está grande —respondió mi padre.

No le parecía para tanto, nada como para hacer ese escándalo, y yo estaba de acuerdo.

—¿Y no es bueno que aprenda que las mujeres son hermosas? ¿Que su *mamma* es hermosa?

—¡No es eso lo que está aprendiendo! —gritó mi madre, y en ese momento me pareció horrible.

—¿No ves lo que le estás enseñando? ¿No ves lo que estás haciendo?

Después de que ella dijera eso, él la abrazó y la besó en el cuello, una respuesta generosa a sus quejas exageradas. Mi madre luchó con él por un momento, todavía más enojada con esos gestos que con sus palabras. Pero él seguía besándole el cuello, mordiéndola. La abrazó hasta ahogar su enojo y, entre risas, murmuró todos los apodosos que tenía para ella: *cioccolata*, *agrodolce*. Yo me erguí un poco, aún observándolos desde el pasillo, inflado de orgullo.

Terminé la historia ahí, incapaz de seguir, sin saber cómo. Por un rato nadie dijo nada. Iris tomó un trago de Jack. Sybil miró alrededor, como si hubiese olvidado algo en otra habitación. La música seguía aturdiendo. Finalmente, Claudius me puso una mano en la nuca y se rio.

—Este muchacho está medio loco, piensa demasiado —dijo—. Es un alma sensible, un aguafiestas. Tiene los sentimientos y las ideas a flor de piel.

Las chicas no parecían muy convencidas.

—Bueno, señoritas —dijo Claudius—. Es su turno.

—Ah, no, chicos, no tomamos lo suficiente para este juego, ni de cerca —dijo Iris—. La verdad es que no nos divierte mucho.

Sybil asintió.

—Además, ya saben lo que dicen. Las mujeres y sus secretos.

—Y las burbujas —añadió Iris con un guiño.

Nos dieron la espalda y, así de fácil, nos dejaron afuera. Por un momento, me maravillé ante ese poder femenino. Claudius miraba el culo de Sybil como si aún tuviese alguna prioridad sobre él, quizás su único consuelo ante el rechazo.

—*Ahí* tienes una burbuja —me susurró.

Con los jeans apretados y las botas con tacos parecía en exhibición. Su sticker estaba empezando a despegarse. Claudius me miró de reojo y empezó con lo del milagro de los jeans ajustados: esos eran *brasileros*, dijo, y asintió lentamente mientras pronunciaba la palabra con reverencia. Después se quedó callado. Mirando de nuevo a Sybil, esa curva larga y amplia que parecía comunicarse con algo primitivo en él, movió sus labios como si intentara recordar un lenguaje olvidado. Pero ambas estaban fuera de nuestro alcance, y ahora parecía definitivo. Aunque Claudius no dijo nada, no pude evitar comparar nuestras historias en mi cabeza. Era claramente mi culpa.

Nos pasamos las dos horas siguientes charlando, fumando y emborrachándonos en el patio. La luz de las antorchas alisaba las caras y arrojaba sobre ellas un resplandor suave. En algún momento volvimos a entrar a la casa. En la cocina, mastiqué unas galletitas y una porción húmeda de torta de ron. A pesar de mis propios problemas dentales, necesitaba algo dulce para terminar la noche. Claudius, que había recuperado la confianza, empezó a deambular por lo que quedaba de la fiesta en busca de otras chicas que merecieran nuestra atención.

Poco después del incidente con las revistas, mi madre nos dejó y se divorció de mi padre. Su argumento fue que él la amaba con los ojos y no con el corazón. Dijo que una mujer no podía pasar toda su

vida con un hombre así. Pero estaba equivocada, los sentimientos de mi padre eran puros. Convencido de eso, arrogante en mi certeza, me lo repetí en silencio una y otra vez. Él idolatraba a mi madre, cada parte y cada rasgo. Lo único que hacía era demostrarle su afecto. Cuando ella se fue, mi padre se amargó. Un día se quejó de que no se hubiese ido del todo, dijo que ella era demasiado cruel para ese gesto de piedad. Seguía estando con él, dijo, la llevaba dentro: como espuma en las venas, una enfermedad de la sangre. Yo, entonces, comencé a pensar en ella de esa manera, como una enfermedad, una traición a nivel celular. Mi decisión de quedarme con mi padre se convirtió en un símbolo de lealtad, y se lo eché en cara a mi madre cada vez que pude, hasta que ella se cansó de pedirme que fuera más sensato. Dejamos de hablar pero me escribió cuando cumplí diecisiete para invitarme a Newark a visitarla, para que conociera a su nueva pareja y a sus hijos. También llamó a mi habitación en la universidad cuando estaba terminando mi primer año, justo antes de los exámenes, para contarme que se había comprometido y para que supiera cuán importante sería para ella que yo estuviese en su casamiento.

—¿Qué te hace pensar que *en mi vida* haría algo así? —pregunté.

Se quedó en silencio por un instante, e incluso ese intervalo en su razonamiento me enfureció. Estaba tenso, listo para atacarla ante cualquier cosa que dijera. Miré el velador sin pantalla de mi escritorio y forcé mis ojos sobre el centro incandescente de la lámpara.

—¿Qué te hace pensar que nunca harías algo así? —dijo ella—. En algún momento, hijo, tendrás que abandonar esas ideas que se te metieron en la cabeza, sean las que sean.

Solté un insulto y corté el teléfono. Estaba temblando, ciego de bronca, completamente cerrado a ella. Maldije su cobardía, había sido incapaz de soportar la fuerza del afecto de mi padre, como si uno pudiera quejarse de demasiado amor.

Mi padre. Su versión joven habría disfrutado esta fiesta. Entré al living sonriendo ante esa idea. Hubo una época en que organizaba cosas así, repartía invitaciones a toda la gente joven, a los

extraordinarios, los coloridos, gente a la que se refería como “la esencia de la tierra”. Para esas fiestas me dejaba quedarme despierto toda la noche, siempre y cuando yo aguantara. Lo imaginé besando las mejillas de las cuatro chicas que en ese momento caminaban hacia la puerta, con sus pies marrones, seductores sobre los tacos o las sandalias, los jeans suaves como el aceite, los vestidos de verano como túnicas religiosas. Mi padre las habría tomado de la mano para rogarles que no se fueran. Les habría hablado de alguna botella especial, reservada para el momento indicado, y les habría prometido un desayuno casero ni bien asomara el primer rayo de sol. Habría dicho cualquier cosa con tal de ver aparecer una sonrisa en sus caras, con tal de que se quedaran, con tal de que la fiesta continuara para siempre.

Pero mi padre se estaba echando a perder en Filadelfia, no estaba ahí conmigo, el hombre que había sido ya no existía y las cuatro chicas salieron de la casa sin ninguna ceremonia. Quedaron más hombres que mujeres, y casi todos tenían una mirada afligida que parecía aun más patética bajo la música triste que el DJ pasaba en un volumen ya más bajo.

Iris y Sybil estaban de pie al lado de una biblioteca improvisada, con tres tipos con pinta de idiotas a quienes estaban tratando como nos habían tratado a nosotros. Borrachas o drogadas, quizás ambas cosas, levantaban los pies y agitaban los brazos como si nadaran en un mar espeso de hilaridad. Uno de los idiotas agarró el brazo de Sybil mientras le rogaba que se quedara, que le diera su teléfono, que se fuera a casa con él. El tipo parecía más grande, viejo, la verdad, y era probable que él y sus amigos también se hubieran colado en la fiesta, aunque no como nosotros. Parecían haber venido de un lugar muy diferente, de otro tiempo, otra dimensión, y todo eso emanaba de ellos como un hedor. Ahí estaba el problema: había algo podrido en la calentura de esos hombres, algo que yo no sabía nombrar, algo que supuraba y hacía que sus intentos fuesen burdos, violentos, que dieran miedo. Podría haber interferido, hacerme el héroe galante como lo habría hecho mi padre, pero Iris logró arrancar a su amiga de los idiotas y llevarla fuera de la casa.

Claudius entró al living con su fez en una mano. Lo llevaba boca arriba como si en lugar de un sombrero fuese un balde sin manija. Estaba despeinado y me recordó a cierto tipo de linyera, esos que piden limosna en el subte mientras murmuran enojados con voz ronca. Venía embalado y casi me lleva por delante.

—¿Sin suerte?

—Esto es un festival de salchichas —me respondió.

Lo seguí hacia afuera y, cuando se puso el fez, la borla se sacudió en el viento. Ya lo había visto así otras veces, en ese estado de agitación extrema. No sabía relajarse, mucho menos que yo, y si no tenía algo concreto para hacer podía perder el rumbo enseguida. Sin un destino preciso, el mapa de su vida perdía el sentido y la forma. Nos quedamos parados en la entrada de la casa, rodeados de sonidos: el ladrido agudo del perro de un vecino, la vibración de un farol defectuoso, un campaneo metálico y lejano. Le palmeé un hombro y dije que teníamos que volver al campus. Él sacó su biper. El fulgor verdoso de la pantalla nos indicó que eran casi las cuatro de la mañana. La frecuencia de los subtes iba a ser pésima.

Justo en ese momento, Iris y Sybil pasaron por la vereda tambaleando en sus bicicletas, las ruedas delanteras en una suerte de baile espástico. Siguiéron unos metros hasta que Sybil perdió el equilibrio y chocó contra la bicicleta de Iris. Logró sostenerse, pero su amiga cayó al piso. Cruzamos corriendo el jardín delantero de la casa y ayudé a Iris a levantarse. Tenía lágrimas en los ojos, pero el ruido que estaba haciendo resultó ser una risa. Sybil también se tentó.

—Estamos arruinadas —admitió Iris.

Sin disculparse, eructó en un puño cerrado y se miró el brazo. Un raspón rojizo y sucio de tierra se extendía desde el codo hasta la muñeca. Lo tocó con cuidado y luego se miró la punta del dedo, teñida de rojo.

Cuando pregunté si estaba bien, respondió intentando marcarme con su sangre. Salté hacia atrás y ella se rio otra vez. Me miré con Claudius de reojo y sugerí que las acompañáramos a su casa.

Iris tarareó una melodía mientras se despegaba el sticker del brazo.

—Eso es un señor —dijo—. Todavía quedan caballeros.

Llevamos sus bicicletas mientras ellas, agarradas de la mano, caminaban adelante. La forma en que se movían, sincronizadas en la cadencia teatral de la borrachera, sugería que la noche podía estirarse con un ritmo nuevo. Era como los discos que ponía mi padre a las últimas horas de la madrugada en sus fiestas, cuando la gente más delicada se había ido y los últimos invitados se sentaban y miraban el reloj preguntándose si no sería hora de dormir. Tenía una selección especial de vinilos, más que nada bop, que lograban resucitar la noche, nada que ver con la música deprimente que había estado pasando el DJ antes de que nos fuéramos de la casa. La música de mi padre te convencía de que las cosas podían no terminar nunca.

Claudius y yo, sintiéndonos bien de nuevo, íbamos mirando fijo a las chicas. Los muslos y las pantorrillas de Iris tenían bastante forma para una mujer tan flaca, pero el culo de Sybil seguía siendo el premio mayor.

—Ahí tienes una cebolla —le dije a Claudius sin dejar de mirarla.

—Hace llorar al más hombre —respondió él. Pero después me miró, parecía estar dudando—. Igual no sabrías qué hacer con eso. La elegí yo primero, no te olvides.

Señaló a Iris con la cabeza.

—Ella es más tu tipo, B. Con dos palos se prende un fuego.

Tras un guiño, apuró el paso y despegó el sticker que colgaba a medias del jean de Sybil. Los dos se rieron y empezaron a caminar juntos. Eventualmente, mientras los seguía, yo quedé a la par de Iris. Tenía otro raspón en carne viva cerca de la muñeca. Cada vez que la herida se llenaba de sangre, la chupaba con una expresión infantil. A pesar de su comportamiento extraño, me imaginé acostándome con ella, maniobrando sus muslos y su cadera con la misma facilidad con la que llevaba el manubrio de su bicicleta.

Caminamos por un rato largo alejándonos del centro. Se sentía como si nos hundiéramos. Un departamento en una esquina, arriba de un negocio, tenía las ventanas tapiadas con madera, y asomaban yuyos entre las grietas del piso. Tras pasar frente a un bar que se llamaba Sal y que parecía cerrado hacía años, doblamos en la esquina y vimos una serie de nombres graffiteados en una pared de ladrillos. Todos tenían tres letras —SER, EVE, RON, REL, MED— y la pintura se había escurrido hacia abajo dibujando estalactitas de colores turbios. El piso estaba cada vez más sucio: bolsas de papel arrugadas, botellas de licor de malta y otros desechos irreconocibles. Maniobré la bicicleta de Iris para esquivar charcos mugrosos e inexplicables, no había llovido en semanas, y no iba a llover esa noche. Había hombres sentados sobre escaleras derruidas o de pie frente a negocios cerrados. Nos miraban, pero sus expresiones eran menos amenazantes que misteriosas. Receptivo a lo que fuera que esos hombres proyectaban sobre nosotros, me sentí irradiado hasta los huesos.

Iris no paraba de hablar, invocaba a la burbuja una y otra vez y elegía sus palabras con la deliberación de un borracho.

—No estoy tratando de hacerme la interesante, ni ninguna estupidez por el estilo —dijo—. Nada que ver con eso. Es como ¿se puede caminar en puntas de pie sobre cualquier superficie? ¿Se puede ir a cualquier lado y estar abierto a cualquier cosa, por más pequeña que sea?

Traté de parecer interesado en lo que tenía para decir. De ninguna manera iba a arruinar nuestra chance por segunda vez. Suavicé mi tono y pregunté:

—¿Qué es eso de las burbujas, entonces?

La risa de Sybil nos llegó como en una ráfaga. El sonido de otro perro ladrando se disparó a través del aire. Iris dijo algo que no entendí y le pedí que me lo explicara de nuevo.

—Es japonés: *mono no aware* —dijo—. Una sensibilidad a las cosas. Una atención. Nada es permanente. Es una forma de entender la belleza. Estudié Filosofía en la universidad, después hice un año en el extranjero.

Para ilustrar su idea, empezó a hablar del *sakura*, el árbol de cerezo en flor.

Al principio me sonó a incoherencias de fumada. Pero luego la noción de *extranjero* y la sofisticación misteriosa que sugería empezaron a excitarme tanto como sus caderas. Iris era negra, centroamericana, quizás con algo de judía y quién sabe qué más. Era aun más exótica de lo que me había imaginado.

Habló de un sueño que tuvo sobre los cerezos en flor, una visión como un video en *time lapse*: los pimpollos rosados floreciendo, palideciendo y cayendo de a montones sobre el pasto como polleras pequeñas y delicadas.

—Le pregunté a mi mamá qué quería decir —agregó—. Puede leer sueños. Me respondió que la vida era exactamente eso.

Iris me estaba entregando algo, algo real, pero yo no lograba entender qué era exactamente.

—Esto es lo que quiero saber —dije y solté el resto con torpeza—: ¿alguna vez hiciste el amor sobre el pasto?

Ella frunció el ceño y abrió la boca para responder. Pero de repente un perro flaco, color paja, salió de entre dos autos estacionados. Con el susto, Claudius soltó la bicicleta de Sybil, que cayó al piso. Cuando el perro empezó a gruñir y a ladrar, tratamos de esquivarlo. Se movía con dificultad pero logró mantenerse firme y hacernos frente. Podía llegar a tener rabia. Parte de su piel rosada asomaba entre manchones de pelo, y bajo el brillo del alumbrado público parecía una cruza de hiena con chanco. Sus ojos inyectados en sangre centelleaban, su rugido era tan bajo que parecía subliminal. Mantuve mis ojos fijos en los de él. Aunque había refrescado, una ola de calor me subió de repente a la cabeza. Apreté los dientes y sentí que algo me oprimía el pecho.

El perro se acercó amenazante, listo para atacarnos en cualquier momento, ni bien retrocediéramos. Claudius acunó el fez contra su pecho y murmuró un insulto. Se deslizó detrás nuestro para usarnos de escudo. Yo levanté la bicicleta de Iris, dispuesto a tirársela al perro, pero Sybil corrió hacia él y le pegó una patada en el hocico. El animal se inclinó a un lado, emitió un quejido que

pareció casi de agradecimiento, y después se desplomó. Iris se le unió y ambas lo patearon varias veces, apuntando a la cabeza o a la panza. El perro ya no se movía, ni siquiera respiraba. Todo su salvajismo había desaparecido. Me di vuelta aunque la violencia ya hubiese terminado, pero no pude dejar de oír los murmullos extraños y perturbadores de las chicas. Unos brazos me envolvieron con fuerza: tras un momento, noté que eran mis propios brazos. La boca de Claudius, que estaba al lado mío, parecía cada vez más abierta.

Las chicas se quedaron en silencio. Sybil vino hacia nosotros trayendo su bicicleta con las manos. Respiraba fuerte por la nariz, tenía la piel tirante y brillante por el esfuerzo. Fue directo a Claudius, lo agarró de la nuca y lo empujó hacia ella para darle un beso violento, un beso con hambre. El fez quedó aplastado en medio del abrazo.

Un poco inseguro, me acerqué a Iris. De pie junto al perro inmóvil, sus hombros subían y bajaban. Se volvió hacia mí y me pasó la palma de su mano por la frente, alisándola.

—No estés tan... *conmocionado* todo el tiempo —dijo—. Te hace parecer viejo.

En ese momento, un hombre en la vereda de enfrente gritó tras las rejas de una ventana.

—Mierda —dijo—. Lo reventaron, hijas de puta.

Nos reímos, primero las chicas, después yo. Claudius, con su sombrero arruinado en las manos, no se sumó. Reírme con ellas fue un alivio. De repente todo parecía estar bien: lo que habían hecho y cómo lo habían hecho, que hubieran resultado ser ellas las valientes. No solo estaba bien, era excitante.

Seguimos caminando. Iris iba mirando hacia delante, en estado de ensueño.

—¿Qué nos estaba ofreciendo el perro? —preguntó—. ¿Qué le dejó al mundo con su decisión de morir?

No pude responder. No estaba seguro, ni siquiera, de que la pregunta fuese para mí.

Llegamos hasta una estación de subte, una línea que no me había tomado nunca, y Claudius me miró. En su gesto cansado y

cauteloso había una pregunta, y entendí a qué se refería. Sacudí mi cabeza y él supo a qué me refería yo. Cuando asentí, también lo entendió. No íbamos a volver al campus. Adonde fuese que nos llevara la noche, íbamos a seguirla hasta el final.

El edificio de las chicas estaba alejado de la calle y parecía construido en dos estilos diferentes, con ladrillo a la vista en el primer piso y tablonces grises de vinílico en el segundo. La única ventana sobre el costado parecía un ojo amarillento y enfermo espiando hacia abajo. Ellas abrieron la reja, subieron los escalones hasta la entrada y se quedaron en el umbral esperándonos.

—¿Dónde estamos? —murmuró Claudius.

—No importa.

—Creo que fue suficiente para mí —dijo él—. Ya las acompañamos hasta su casa, como si necesitaran que alguien las cuide.

—Y ahora quieren agradecernos —dije—. Somos unos caballeros.

—Pero ni siquiera sé dónde estamos.

Le puse una mano en el hombro.

—¿A quién le importa? Esta noche el mundo es nuestro, mi amor.

Iris preguntó si íbamos a subir o qué, dijo que nos apuráramos, que tenía que hacer pis. Miré a Claudius con una de nuestras sonrisas tontas. Él me sostuvo la mirada, sin expresión. Finalmente, en voz baja, dijo “bueno”, pero no sonrió. Cargamos las bicicletas de las chicas dentro del edificio.

Excepto por dos posters con grabados de Elizabeth Catlett, en el living no había ningún rastro de decoración, como si las chicas no viviesen ahí. ¿Sería realmente la casa de alguien? La idea me excitó, que el lugar estuviese disponible para los que lo conocían, en caso de que quisieran o se cruzaran con la posibilidad de una noche de fiesta.

Las chicas nos pusieron unas pastillas en la mano, “drogas para el amor”, dijeron, y yo tragué la mía con un sorbo de ron que parecía alcohol puro. Claudius me imitó. Las chicas nos dijeron que las esperaríamos y fueron juntas a darse un baño. Nosotros

nos hundimos en la suavidad de su sillón. Me dejé acariciar por sus voces, que llegaban desde la puerta entornada. Hablaban en la bañera con tono solemne, como dos sabias.

—¿Duele? —estaba preguntando Sybil.

—Sí —respondió Iris—, pero no le tengo miedo al dolor.

—Bien, se lo enfrenta.

—Siempre despierta.

Queriendo hacer un chiste, aunque sabía que era tonto, dije que debían estar dándose un baño de burbujas. Claudius no me respondió. Las gotas de sudor se deslizaban desde la línea en que su sombrero aplastado tocaba su frente y llegaban hasta sus ojos. Mientras las voces de las chicas flotaban en el aire y el tiempo se volvía pesado y perezoso, el corazón me retumbaba en el pecho. Borracho, drogado y nervioso, estaba listo de todas formas.

Cuando parecía haber pasado una eternidad, salieron, arrojadas por un momento en el vapor tenue que las siguió desde el baño, y luego en nada, apenas con unos rastros de espuma sobre el cuerpo. Iris tenía el brazo vendado. Se ubicaron frente a nosotros y empezaron a posar, girando lentamente para que pudiéramos apreciarlas desde todos los ángulos. Sus pies húmedos dejaban huellas sobre el piso de madera. No había visto nunca, en persona, una desnudez femenina tan descarada. Cada vez que me acercaba intentando superar ese momento en que el tiempo parecía haberse detenido, ellas daban un paso atrás para impedir que las tocara. “Solo puedes mirar”, dijo Iris, y eso hice, eso hicimos los dos, hasta que Sybil fue hacia uno de los cuartos y le hizo un gesto a Claudius para que la siguiera.

En la otra habitación, Iris prendió unas velas y me dijo que me sentara en la cama. Cuando empezaba a acercarse, se abrió la puerta y Sybil se escurrió dentro. Claudius, aún vestido, venía detrás de ella arrastrando los pies.

—Me sentí sola de repente —dijo Sybil—. Te extrañé.

Iris dijo que ella también la había extrañado, y se besaron en la luz temblorosa de las velas. Entonces Sybil preguntó si queríamos participar. Dije que sí y ambas se rieron de la rapidez con que

lo hice. Sybil nos dijo que nos sacáramos la ropa. Con la misma rapidez con que había respondido antes, empecé a desnudarme. Pero Claudius se quedó ahí parado, miraba en todas direcciones como si intentara memorizar la habitación —la cama de dos plazas, la llama de las velas, las cortinas pesadas— para luego usar el escenario en una historia diferente. Grababa todo en su memoria, o eso parecía, excepto a las chicas y a mí, nos ignoraba y por lo tanto nos omitía. Quizás estaba omitiéndose incluso a sí mismo.

Mientras Sybil insistía repitiendo que querían ver cómo estábamos equipados, Claudius forzó su atención a través de la abertura de las cortinas hacia la oscuridad de afuera, como negando su voz. Entonces dije su nombre, endureciendo el tono, y atraje su atención de vuelta hacia nosotros. ¿Qué estaba pasando? ¿Era la cantidad de alcohol que habíamos tomado, las drogas, las conversaciones delirantes, la imagen de ese animal muerto en la calle? ¿O eran las chicas y nada más? Todo eso, para mí, se combinaba a la perfección y generaba un sentido. Estábamos donde teníamos que estar. Obviamente, era la primera vez que Claudius y yo nos veíamos desnudos el uno al otro, pero ¿cuál era el problema? Las chicas con las que habíamos querido estar desde un principio nos ofrecían su carne marrón y perfumada, y todo lo que teníamos que hacer era desnudarnos nosotros también, juntos. ¿Por qué dejar que la vergüenza, si era eso, o el miedo, o esa extrañeza creciente, una sensación levemente perversa ante el primer fulgor del día, nos detuviera? ¿Por qué no podía ser este, los cuatro juntos en una habitación, el fin de nuestro camino? Miré a Claudius a los ojos hasta que entendió que le estaba pidiendo que lo hiciera. Podría haber dicho que no, a las chicas, a mí, a esa parte de sí mismo que también quería seguir, y por un segundo, cuando abrió la boca, creí que iba a decir exactamente eso, que iba a gritar un no. Pero lo único que hizo fue quedarse ahí parado y asentir con docilidad.

Entonces se sacó la ropa, y yo también, mientras mirábamos a las chicas, que a su vez nos miraban a nosotros. Cuando estuvimos desnudos, no hicieron nada. No parecían satisfechas.

—Bien —dijo Sybil—, ahora míralo a él.

Por un segundo no supe qué hacer, luego entendí que la orden era para ambos.

—Tienen que estar presentes del todo —dijo Iris, sus primeras palabras en un rato largo.

—Míralo.

—Es tu amigo.

—No hagas como si no estuviese ahí.

—Lo que uno quiere siempre viene con algo más —habló Iris de nuevo—. Tienen que hacerse cargo también de eso.

Giré y quedé frente a Claudius, que estaba de pie y se cubría los genitales con ambas manos. Sybil se acercó y se las corrió a un costado. En comparación con sus muslos fornidos, sus pantorri-llas eran flacas. Tenía el pecho amplio y trabajado, pero la panza abultada, cortada al medio por una línea de vello. Su pene estaba erecto a medias. Sybil le puso el fez aplastado en la cabeza como si eso completara su desnudez.

Las chicas nos dijeron que nos siguiéramos mirando el uno al otro, a través del miedo y la vergüenza, hasta llegar a un nivel de exposición total. Si no lo hacíamos, no iban a dejarnos avanzar con ellas. Cuatro cuerpos desnudos y a punto de coger en una misma habitación tenían que alcanzar ese nivel de entrega.

Logramos tener sexo —Iris conmigo, y Sybil con Claudius— cuando la luz empezaba a colarse en la habitación por las aberturas de la cortina. No pude disfrutar mucho del cuerpo de Iris, al menos no en profundidad. Estaba demasiado preocupado por conservar el orden, algún tipo de control, por mantener lo orgiástico a raya. Era muy consciente de los otros cuerpos en la cama, demasiado consciente del mío. Pude, sin embargo, usar el preservativo que me había dado mi padre. Había estado esperando el momento al punto de fanatizarme con la idea, y finalmente había llegado. Igual que Claudius —quizás, como yo, el auténtico hijo de un padre confundido—, que pudo usar el preservativo que llevaba en *su* bolsillo. Habíamos encontrado a nuestras supuestas chicas salvajes, y logramos que se acostaran con nosotros. Pero antes tuvimos que mirarnos durante mucho tiempo.

Mi padre murió, o completó su largo proceso de muerte, hace un año. El día de su funeral, mientras miraba su cara rígida, casi sonriente, en el ataúd, me encontré de golpe rodeado por mi madre y su nueva familia. Había pasado cerca de una década sin verla, una década que se sentía como una vida, y había sostenido esa distancia hasta casi perder el vínculo. Luego de un momento, ella me apretó el brazo con suavidad y asintió. No me obligó a hablarle. Todo lo que tenía para decirme estaba en esos gestos. Seguía siendo una mujer impresionante, en su vestido y su saco negro, con el pelo surcado de canas y atado en un rodete bajo el sombrero inclinado. Quizás mi padre hubiese pensado lo mismo. Lo que me impactó aun más que la elegancia y dignidad con que estaba envejeciendo fue la presencia de su marido y los hijos adultos de él, los hijos *de ambos*. No tenían la obligación de estar ahí. Después, incapaz de asentar la molestia en mi estómago y en mi cabeza, me quedé solo en un rincón, tal como había llegado, mientras mi madre y su familia hablaban entre ellos en la otra punta de la sala. Además de mí, noté, eran los únicos negros. Los cuatro juntos daban una sensación de serenidad y gracia que me hizo sentir aun peor. Pensé en el último evento público al que mi padre y yo habíamos ido juntos, un homenaje a su larga y exitosa carrera. Había desesperación en la forma en que me arrastraba del brazo de invitado en invitado. Los conociera o no, les decía a todos lo mismo: “Este es mi hijo, este es mi hijo”. Me mostraba como un trofeo, como afirmando que yo le pertenecía ante la posibilidad de que alguien lo dudara. Había hecho eso durante toda mi vida. Esa fue la única vez en la que no me sentí orgulloso.

¿Qué quiso transmitirme aquella mañana de agosto en Filadelfia, antes de que yo volviera a la universidad? ¿Creería realmente en lo que había dicho sobre ser feliz? ¿Se lo habría tomado en serio? ¿O habría sido su corazón roto, su amargura, su borrachera? Quizás supiera que estaba hablando con alguien joven e inexperto. O, quizás, opinar sobre mi vida era su forma de encontrarle sentido a la suya. No lo sé. No lo sé, pero no puedo dejar de imaginar cómo se habrá sentido él. Cómo debe sentirse ser el padre de un

hijo que te ama y cree en ti y que, más allá de las diferencias, solo quiere convertirse en un hombre a tu imagen y semejanza. Veo a ese niño espectral, mi hijo, como si estuviese ahí, y me da miedo tenerlo cerca. Le quiero hablar pero no sé qué decirle.

A veces siento que lo único que tengo para ofrecer, además de preguntas, son mis recuerdos de esa noche en Brooklyn y ese departamento horrible al que nos arrastré con mi obsesión. Suena ridículo, incluso para mí, pero es cierto. Entre todas las situaciones extrañas a lo largo de mi vida en las que sentí el contacto de alguien, recuerdo especialmente la mano de Claudius agarrando mi hombro por la mañana, luego de que las chicas nos dejaran solos en la habitación. Yo me asusté y contuve el aliento. No lo miré ni traté de sacarlo. Me quedé quieto en la cama con los ojos cerrados, haciéndome el dormido. Cuando finalmente me levanté ya había pasado el mediodía. Me palpitaba la cabeza y el sonido lejano de las risas de las chicas resonaba en mis oídos. Claudius estaba sentado en la cama, mirándome. De repente, con un estremecimiento, asomó en sus gestos una especie de fealdad, como otra cara debajo de su cara, y él debe haber visto algo parecido en mí. Siempre fue igual con la gente en mi vida, con la gente a la que quise: una leve dispersión, una separación silenciosa como dos labios abriéndose, un cambio tan repentino, tan sutil, que una mañana terminas preguntándote si esas personas fueron, en algún momento, realmente hermosas.